

Andrés Caicedo: Los diplomas Residuos dramáticos

Cristóbal Peláez González



Foto de Eduardo Carvajal

A los veinticinco años, el colombiano Andrés Caicedo estaba cansado de vivir y decidió poner fin a sus días. Realmente murió de setenta y cinco años, pues es sabido que los poetas, en su iluminación, a diferencia de nosotros, gente vulgar, viven cada día, tres. En su afán de morir dejando obra, nos legó una importante producción cuyo inventario resulta

sorprendente: cuatro novelas, nueve dramaturgias (entre creaciones y versiones), veintiún poemitas, una carpeta con varios guiones de cine, una treintena de cuentos, muchos de ellos magistrales, cinco números de la revista *Ojo al cine*, única publicación especializada en su época en el país, y un abundante arrume de papeles todavía inéditos, donde encontramos el registro minucioso de todo aquello que lo tenía inmerso: cine, libros, teatro. No se perdía ningún acontecimiento urbano en ese Cali de los años setenta. El *pop art*, los Rolling Stones y la salsa estaban inaugurando otro mundo, al margen de las contiendas que, todavía a rudos machetazos, libraba un país asaz agrario.



Foto de Eduardo Carvajal

La lente de su amigo, el otrora pandillerito, Eduardo “la rata” Carvajal, lo muestra sonriente en la fotografía donde nuestro autor parece conservar el pacto fáustico de la eterna juventud. Ese flash afortunado le ha dado la vuelta a Colombia y es objeto de contemplación fervorosa. Sus libros, en tirajes abundantes, se agotan a ritmo de imprenta. Sus piezas teatrales, *Angelitos empantanados* y *Los diplomas*, alcanzan casi las

ochocientas representaciones, sin disminuir la afluencia de espectadores. Los adolescentes contraatacan a los pedagogos y sus eternos análisis literarios de obras oficialistas con el grito rebelde de la novela *¡Que viva la música!*, especie de devocionario de los culimbos. Aun así, Andrés Caicedo fue, y sigue siendo, un escritor de alcantarilla, un sospechoso a quien los correctos ciudadanos de la república prefieren fingir que desconocen y, por supuesto, mantienen apartado de sus hijos.

Sonó alguna vez con convertirse en un profeta del mal ejemplo. Todo su esfuerzo creativo estaba orientado a permanecer en el paraíso de la pubertad; por ello perseveró en su obsesión de una literatura de jóvenes para jóvenes, en que los niños-muchachos perversamente, clandestinamente, se rotaran sus textos a espaldas de sus casposos profesores. Andrés Caicedo detestaba a los adultos por el hecho de ser adultos. Actitud muy propia de todos los prematuros. Recuérdese a Alfred Jarry con su inmortal *Ubú*, construido a partir de un retrato sarcástico de su profesor de Física. La burla y el desprecio parecen ser un buen gozne para abrir ciertas puertas.



Caicedo todavía sigue siendo una leyenda, pero ya no es un misterio. Sus inclinaciones y sus obsesiones son fácilmente detectables: en música, rock y salsa (“quemem todos los libros, no dejen sino música”); en cine, el terror, el *western* y el *suspense* (Buñuel, Hitchcock, Ford, Peckinpah); en literatura, todo aquello que exprese vampirismo, aturdimiento y rebeldía (Joyce, Poe, Lovecraft, junto a los latinoamericanos Vargas Llosa —el de *Los cachorros*— y José Agustín).

Desde los doce años vive fascinado con Poe, un autor prohibido entre la gente decente, literatura para la plebe. A esa edad su familia se resigna a liberar a los colegios de Cali de

un alumno indeseable y lo traslada, interno, a un colegio de Medellín. Una experiencia —quién iba a creerlo—, que dejará una radical huella de desamparo en la psique de Andrés. Con ese sentimiento de soledad y desarraigo empieza a concebir un trabajo de largo esfuerzo, una iracundia que gira alrededor de la vida escolar. Para él, ya no habrá nada más importante que la desazón de esas criaturas de corta edad que invocará para el futuro como angelitos, predestinados por la desgracia de la adultez. Querubines arrojados a una marranera.

No posee la pericia literaria suficiente, y emborriona a destajo miles de páginas que saltan a capricho en diversas manifestaciones.

A sus dieciséis redacta una novela llamada *La estatua del soldadito de plomo*, un trabajo que continúa inédito y que delata la falta de oficio, pero que deja entrever en sus líneas que se está empezando a perfilar un genio. ¿No incubó Jarry a su patafísica criatura a los quince años?

A sus veintidós años cierra su experiencia teatral con las palabras que le lanza a Ramiro Arbeláez, su más caro secuaz escénico: “Creo que todo lo que tenía que decir en teatro ya lo dije”. A medida que se aparta del entorno colegial, se aproxima más al cine. Esa pasión, que ha reverberado desde la oscuridad de la butaca, la quiere llevar hasta las últimas consecuencias como crítico, guionista y realizador. Codirige con Carlos Mayolo un filme en dieciséis milímetros, *Angelito y Miguel Ángel*, y elabora guiones que quiere presentar a Roger Corman. Va a buscarlo a los Estados Unidos, lo encuentra y se decepciona, pero regresa orgulloso con una entrevista que ha logrado con Sergio Leone y con la redacción de un diario titulado “Pronto: Memoria de una cinesífilis”, insuperable crónica sobre sí mismo y su enfermedad de cine, que más tarde quiere convertir —“fácil, facilito”, según sus propias palabras— en una gran novela.

Intentó revelar su experiencia estudiantil en una astracanada dramática, muy a lo Ionesco. Es una obrita que varía y corrige incesantemente hasta transformarla en *Recibiendo al nuevo alumno*, una construcción aceptable, historia truculenta de un tumulto de alumnos asfixiados en la represión y en el embrutecimiento, que terminan por reaccionar de manera inconsciente hasta alcanzar el paroxismo, sacrificando a su profesor en una orgía de sangre. Entusiasmado por este filón de temas escolares que acaba de descubrir, se propone un opus, una serie exactamente, que llevará el título seductor de *Los diplomas* y no llegaría a concluir nunca. ¿Qué clase de diplomas son estos? Una placa de derrumbamiento.

La dramaturgia de *Los diplomas* en el montaje del Teatro Matacandelas no remite a un solo texto. Es un resumen de siete obras donde se acentúa como rasgo transversal la vida de colegio, la sordidez y la angustia de una educación anacrónica. El esqueleto dramático pertenece a su cuento “Maternidad,” aquel que Andrés llamaba modestamente “mi obra maestra”. Es la historia de un culimbo que trata de apartarse de un destinito fatal y afirma su acto de vida en el provocado

nacimiento de un hijo. Esta criatura que él llamara Augusto, “nombre de victoria siempre contra los malos tiempos que vivimos”, será el símbolo de lo nuevo, la pieza que saldrá de la vieja maquinaria podrida para instaurar un orden distinto. Después del parto, el vientre que ha servido para este precipitado puede desaparecer, es decir, reintegrarse al caduco orbe al cual pertenece: “Hace días no la veo. Creo que se fue para San Agustín con una manada de gringos. Espero que no vuelva, que se muera, que le den allí su merecido”.

Ella, Patricia Simón, el vientre, ha narrado el técnico acto de concepción así: “Sentí cómo mis piernas se abrían para darle paso, cabina y fermento a su espermatozoide sano y cabezón, que daría con los años testimonio de su desesperado acto de afirmación en la vida; tengo que decirlo, no gocé”. Y el engendrador testimonia: “Rasgué con su sangre el pasto Yaraguá.”

“Maternidad” es la única pieza literaria del autor en la cual hay una reacción contra el abismo, y aun así, no deja de ser un despeñadero la fatalidad del mundo adolescente en que orbita. La moral burguesa ha provocado frutos agrios. La anónima

decadencia y la fuga son los únicos recursos del joven para corroborar que el orden no es tan orden y que el sistema no es perfecto.

Los cinco estudiantes desaparecidos le han hecho puñeta al establecimiento burgués con armas telúricas: agua, aire, fuego, tierra: Manolín Camacho y Alfredo Campos se arrojan voluntaria y gozosamente al caudal del río Pance; Diego A. Castro es devorado por la tierra que se abre (un psicólogo vería en ese suelo un regreso al vientre); Ignacio Moreira se despacha un tiro y Pepito Torres se anula con la falta de aire. Pero no han muerto, se han disuelto, han recuperado finalmente el paraíso. Como su autor.

Cristóbal Peláez González dramaturgo, fundador y director del Teatro Matacandelas de Medellín con el que ha puesto en escena obras como Cajón de muertos, Los diplomas y Angelitos empantanados (a partir de textos de Andrés Caicedo); Fernando González, velada metafísica (a partir de textos del autor), Juegos nocturnos 2, velada metafísica, La chica que quería ser Dios (a partir de textos de Sylvia Plath); Chorrillo siete vueltas, Pinocho, Fiesta en el bosque... con lobo al fondo, Paco Aguinaldo, Hechicerías, Diablitos de nochebuena, entre otras.